

Lista de personajes

Ellis, barón de Langley: nuestro héroe. Padre de Felicity y Thalia Langley.

Minerva Hartley Sterling, lady Standon: nuestra heroína.

Philip Oxnard Sterling, marqués de Standon: primer marido de Minerva. Todo lo contrario de un héroe.

Lucy Ellyson Sterling, flamante condesa de Clifton. La primera lady Standon que se atrevió a contraer segundas nupcias.

Elinor Knolles Sterling, nueva duquesa de Parkerton. La otra lady Standon, que no sólo encontró marido, sino que además era duque.

Tía Bedelia, lady Chudley: tía de Minerva y experta en casamientos tras cazar a dos marqueses, un conde, un barón y por último un vizconde.

Capitán Gerald Adlington: un terrible villano.

Thomas-William: el leal sirviente de George Ellyson.

Señora Hutchinson: el ama de llaves de la casa de Brook Street, borracha y pendenciera, pero capaz de hacer unos panecillos como para chuparse los dedos, lo cual la convierte en indispensable para esta historia.

Sir Basil Brownett: llamándose «Basil», sólo podía ser un villano.

Lord Andrew Stowe: un joven noble dicen que emparentado con el célebre Robin Hood. Lleva «futuro protagonista» escrito en la frente.

Y, cómo no, las Tatas:

Tata Brigid, condesa von Frisch y condesa viuda de Viena. Clasifica a sus amantes por la raza de perro a la que le recuerdan, desde un terrier a un gran danés.

Tata Jamilla, antaño duquesa de Fraine y desde hace poco princesa Jamilla Kounellas. Se sospecha que envió prematuramente a la tumba a su último marido.

Tata Lucia, duquesa di Oristano de Nápoles. Descendiente de los Borgia, y una Borgia de la cabeza a los pies.

Tata Tasha, princesa Natasha, prima lejana del zar. Siempre tiene a mano a su amante guardia cosaco.

Tata Helga: Wilhelmina Charlotte Louise, margravina de Ansbach. Ningún hombre da la espalda a la margravina. A no ser que sepa cómo quitarse una alabarda de la espalda.

Prólogo

«La mayor ventaja para una dama de sociedad es procurar informarse de los tejemanejes que hay a su alrededor. ¿Cómo, si no, va a mantener a salvo de sus rivales a los mejores candidatos a amante marido?»

Consejo dado a Felicity Langley por su tata Tasha

Marzo de 1815

Su Excelencia la duquesa de Hollindrake

Hollindrake House

Surrey

Queridísima Felicity:

Debo decir que tu idea de meter a todas esas molestas y escandalosas viudas Standon bajo un mismo techo fue verdaderamente un rasgo de inspiración. Ojalá pudiera atribuirme todo el mérito del plan, porque ¿quién habría imaginado que Lucy Sterling se casaría con el conde de Clifton o que Elinor Sterling contraería matrimonio con el duque de Parkerton? ¡Con Parkerton, nada menos!

Pero si te escribo no es por tus hazañas como casamentera (que han hecho de ti la envidia de todas, mi querida niña), ni por la desaparición de esas señoras de las obligaciones familiares de tu marido, sino por Minerva Sterling, la última lady Standon todavía existente.

Apenas habría podido creerlo si no me hubiera enterado por lady Kingsbury, que lo supo por lady Ratcliffe, la cual asegura que Minerva Sterling está prometida.

El hecho es de por sí notable, pero si te envió esta carta directamente por correo privado es debido a la identidad del caballero con el que se rumorea que va a casarse Minerva.

Mi querida Felicity, agárrate...

Extracto de una carta enviada con la mayor urgencia por lady Finch

Capítulo 1

«El matrimonio es la meta de todas las mujeres ilustres, pero la viudedad, una viudedad acomodada, ha de ser la más codiciada de todas.»

Consejo dado a Felicity Langley por su tata Helga

Londres, una semana antes

No pienso hacerlo. No lo haré. Nunca —declaró Minerva Sterling, marquesa viuda de Standon—. Tía Bedelia, puedes ahorrarte tiempo y saliva, y ahorrar de paso en zapatos, porque no hay ninguna necesidad de que vengas aquí todos los días para intentar convencerme de que me busque otro marido. No me interesa el matrimonio. En absoluto. Así que ya puedes ir quitándote de la cabeza que vaya contigo a la tertulia de lady Veare.

Aquello tendría que haber bastado para disuadir a cualquiera, pero en este caso se trataba de tía Bedelia. De ahí que la tajante declaración de Minerva no surtiera ningún efecto.

—Mi querida niña, no te preocupes por mis zapatos. Chudley es más rico que el rey Midas. Puedo comprarme todos los pares que hagan falta para hacerte entrar en razón. Ésa es la ventaja de tener marido —dijo lady Chudley, la susodicha tía Bedelia, mientras desdénaba con un ademán las protestas de su sobrina como si fueran las tartas rancias de Almack's—. ¡Fíjate en lo que hice por Lucy y Elinor! Imagínate, ¡Lucy Sterling, condesa! Sólo por eso debería consi-

derárseme la casamentera más hábil de todo Londres. ¿Y qué me dices de lo que pasa ahora? ¡No ha pasado ni un mes y nuestra queridísima Elinor se ha casado con el duque de Parkerton, tal y como yo planeé! ¿Cómo iba a hacer menos por mi propia sobrina?

Minerva se apretó la frente con los dedos y fingió una jaqueca incipiente mientras se resistía al impulso de señalar que, para que ella hiciera una boda mejor, su tía tendría que encontrarle un príncipe.

Y no porque lo estuviera buscando, que no lo estaba.

Pero eso no significaba que no estuviera un poquitín celosa de la felicidad de sus amigas.

¡Sus amigas! Lucy y Elinor, nada menos. Hacía apenas un mes, se habría mofado de semejante posibilidad.

Tras convocarlas en Londres, la duquesa de Hollindrake las había desterrado a aquella casa y les había dado a elegir entre vivir juntas bajo el mismo techo o casarse.

Los primeros días habían sido un espanto, pero luego había sucedido algo asombroso: Minerva, Elinor y Lucy habían acordado una tregua precaria. A continuación, por increíble que pareciese, habían descubierto que podían ser amigas. Y por último habían unido fuerzas para ayudarse mutuamente.

Pero lo mejor de todo en su opinión era que, tras las bodas de Elinor y Lucy, podía vivir en la casa de Brook Street hasta el fin de sus días y con relativa comodidad. Sola. Sin marido. Y haciendo exactamente lo que creyera conveniente.

Esa idea, que con tanto alivio había acogido hacía apenas un mes, de pronto se le antojaba aburridísima. Tan aburrida como esa velada, que la tía Bedelia había interrumpido con su llegada para anunciarle que iba a llevarla a la velada de lady Veare. Y no porque el entretenimiento que tenía previsto (probar a hacer el patrón de bordado del nuevo número de la *Lady's Magazine*) fuera apetecible, sino porque, a decir verdad, la vida con Lucy y Elinor, aunque en principio le hubiera parecido repulsiva, había resultado estar plagada de aventuras, sobre todo cuando sus dos compañeras de viudedad habían descubierto el amor, coronado por un final feliz.

Le dio un vuelco el corazón cuando pensó en cómo ella misma había propiciado aquellas bodas... y enseguida se detuvo.

¡Por favor! Se estaba convirtiendo en tía Bedelia si se enorgullecía de cosas así. ¡Santo cielo! ¿Cómo sería dentro de unos años si tras pasar unos cuantos días sola ya estaba haciendo semejantes suposiciones?

Miró a hurtadillas a su tía, que estaba sirviéndose otra copa de vino de la botella, lo cual nunca era buena señal, pues significaba que la buena mujer estaba tramando algo. Seguramente, cómo engatusar a algún lord poco avisado para que se cruzara en el camino de su sobrina. Y resultó que sus sospechas dieron casi, casi en el blanco:

—Querida niña, no hay nada malo en buscar marido —comenzó a decir la dama mientras se arrellanaba en el sofá, lo cual era tan mala señal como la copa de vino llena casi hasta los topes—. Estaría encantada con que consiguieras asegurarte a un simple barón. Yo estuve casada con uno una vez. Lord Taunton. —Suspiró con aire soñador, como si fuera de nuevo una debutante de diecisiete años—. Taunton era un malandrín donde los haya. Los barones parecen proclives a una depravación sin igual. Me acuerdo de una vez: estábamos en el baile de los Grassby y me sugirió que subiéramos al piso de arriba en medio de un minué a...

—¡Tía Bedelia! —exclamó Minerva, escandalizada. No debería haber sacado la botella de Madeira—. Francamente, ¿son necesarios tales detalles?

—Por lo visto, sí —insistió la dama—. Que haya un hombre en tu vida tiene ciertas ventajas, ventajas que tú parece haber olvidado.

—¿Puedo recordarte que estuve casada con Philip Sterling?

Se estremeció, como solía hacer cuando se acordaba de su breve y desdichado matrimonio con el marqués de Standon. Sterling había vivido ya una larga y ruinosa existencia antes de que la llevaran a ras-tras al altar y la obligaran a casarse con él: la tercera e infeliz novia que se veía empujada a contraer matrimonio con el caprichoso y alcohólico heredero de los Hollindrake.

Tía Bedelia bebió un largo sorbo de su copa de vino.

—Dudo que Standon fuera capaz de cumplir con su débito, dada la vida disoluta que llevaba. La verdad es que no me sorprende que te repugne tanto el matrimonio, querida niña. Nadie te ha dado un revolcón como es debido, ¿verdad?

Minerva abrió la boca para protestar, pero ¿qué podía decir? En primer lugar, le avergonzaba terriblemente estar manteniendo aquella conversación con su anciana tía y, en segundo lugar, lady Bedelia tenía toda la razón.

La vida licenciosa de Philip Sterling había dejado su virilidad tan flácida como su prominente barriga.

Así pues, era cierto: nunca le habían dado un «revolcón» como era debido. Ni mucho menos.

—No importa, querida mía —prosiguió la tía Bedelia—. Para eso está tu colección de novelas francesas. Al menos, de momento. Sólo tenemos que encontrar al hombre idóneo para ti, así podrás dejar atrás tus días de lectora. Y olvidarte por completo de ese asqueroso Standon. No era, desde luego, un ejemplo ideal de marido.

—¿De veras? —comentó Minerva con todo el sarcasmo del que era capaz.

Un tono que a su tía no le pasó desapercibido.

—Repito, querida mía, que si hubiera sabido lo que se proponía tu padre en aquel momento, habría salido en tu defensa. Jamás habría permitido que...

—Sí, lo sé —se apresuró a decir Minerva, pues le desagradaba pensar en la traición de su padre, cuyas maquinaciones de entonces la atormentaban aún.

Se hizo un violento silencio que duró unos instantes. Sin embargo, aquel incómodo paréntesis no hizo cejar en su empeño a su indomable tía, fortalecida como estaba no por una, sino por dos copas de Madeira.

—¿Convenimos sencillamente en que te casaste con el hombre equivocado? —preguntó—. Pese a todo, Minerva, te aseguro porque lo sé, que el marido correcto pondrá una chispa en tu mirada y un nuevo brío en tu paso.

No podía discutirse que Bedelia estaba más versada que nadie en la materia, puesto que había logrado recorrer el camino hacia el altar nada menos que cinco veces. Y, para mayor prueba de ello, no había duda de que su tía estaba arrebolada como una colegiala desde su boda con lord Chudley.

Santo cielo, su tía y Chudley... ¿juntos? Minerva se estremeció otra vez. Sin duda eran demasiado mayores para tales travesuras... ¿No?

Lanzó una mirada a Bedelia y distinguió en sus mejillas aquel rubor rosado que la delataba y una sonrisa furtiva que denotaba una íntima satisfacción vital, no muy distinta a la expresión que tenían Lucy y Elinor últimamente. Elinor estaba resplandeciente el día anterior, cuando había ido a recoger a su hermana Tia, a sus perros y a la camada de cachorros que se había instalado en el armario de la ropa blanca del primer piso.

Después de marcharse todos ellos, la casa le había parecido extrañamente silenciosa esa noche, cosa que Minerva no había tenido en cuenta hasta entonces. Sin los perros, sin el parloteo juvenil de Tia, sin Mickey, el sobrino de Lucy, brincando escalera arriba y escalera abajo, aquello parecía un mausoleo.

—Minerva —comenzó a decir su tía y, como si pudiera leerle el pensamiento, recogió aquel hilo y avanzó decidida con él—, ¿no me dirás que vas a ser feliz viviendo sola en esta horrible casa llena de corrientes de aire el resto de tus días?

Minerva se encrespó un poco, porque, efectivamente, la casa de Brook Street no era una mansión elegante, ni por asomo, pero ahora que era su hogar, le ofendía que pusieran de manifiesto sus defectos.

—¿Qué tiene de malo esta casa? Esta calle es de las más solicitadas —lo cual era cierto, pues estaba sólo a unos pasos de Grosvenor Square, una de las zonas más elegantes de Mayfair—, y Su Excelencia ya me ha dado permiso para hacer las reparaciones necesarias... a su costa.

Dado que la casa seguía siendo propiedad del actual duque de Hollindrake, el sobrino de Philip, Minerva había recurrido a él para que sufragara las reformas. Y para su sorpresa y alegría, el duque le había contestado por carta, con su estilo directo e informal de costumbre: «Haga lo que quiera para convertir esa ruina en un hogar. Pero no se lo diga a Su Excelencia la duquesa».

Porque, a decir verdad, y a pesar de sus condecoraciones militares y su encumbrado título, el duque de Hollindrake era un buen hombre en el fondo. Y conocía los defectos de su esposa tan bien como sus virtudes.

Tía Bedelia resopló al oír la noticia, seguramente con fastidio, pues si Minerva volvía a estar en buenos términos con el duque, sus argumentos para que su sobrina se buscara un marido eran completamente inútiles.

—He hecho limpiar la casa a fondo de arriba abajo —agregó Minerva, que había tomado prestado un pelotón de criadas de la residencia londinense del duque. Por desgracia, el zafarrancho sólo había servido para poner de manifiesto todo lo que había que arreglar, pero eso no iba a decírselo a su tía—. Han venido a verme el pintor, el escayolista y un hombre que me recomendó lady Geneva para el papel pintado, y está previsto que empiecen dentro de quince días. Estando la casa casi vacía, aparte de mí, de Agnes y el...

—¡Y el resto de tu chusma! —se apresuró a añadir su tía—. ¿Cómo puedes vivir en esta casa con semejante plantel de criados? ¡Podrías despertarte con el pescuezo cortado y la plata robada!

Minerva no quiso preguntarle cuál de las dos posibilidades le parecía más horrenda. Aun así...

—Sí, sí, el servicio no es precisamente irreprochable —convino.

Porque los sirvientes también venían incluidos en la casa. La señora Hutchinson, una ama de llaves y cocinera hosca y más bien borracha; Mary, su bobalicona hija; el señor Mudgett, el casi inexistente mayordomo; y Thomas-William, el antiguo sirviente del padre de Lucy.

No eran, ni uno solo de ellos, empleados respetables y formales, pero formaban su servicio, y alguna utilidad tenían.

Minerva se enderezó y miró fijamente a su tía.

—Dentro de unos meses esta casa será tan cómoda y elegante como cualquier otra de la manzana. Y yo estaré felizmente instalada. Deberías alegrarte por mí, no intentar llevarme a rastras a la tertulia de lady Veare, donde no habrá más que un montón de pasmarotes y burgueses de medio pelo, teniendo en cuenta sus míseros contactos. Ahora no me atosigues más, tita, o te dejo en las garras de Thomas-William.

—Bueno, puede que tengas razón en lo de lady Veare, pero, mi querida niña, ¿no preferirás quedarte aquí sola...?

—¡Pues sí! —exclamó, cortando a su tía—. El silencio y la soledad me sientan de maravilla. Dentro de poco tiempo seré la envidia de todos.

O eso afirmaba la última viuda Standon. Hasta que sonó el timbre y cometió el error de abrir la puerta.

Sir Basil Brownett subió a su carruaje enfrente de Whitehall y tocó en el techo tras acomodarse en su asiento. Veinte minutos después estaría en casa, y confiaba en que su esposa estuviera lista y esperándolo para asistir a la cena en casa del primer ministro.

Cenar con el primer ministro...

Sir Basil se estiró un poco. Sí, su carrera iba en ascenso. Todo un logro para un don nadie de Buxton. Dentro de una hora, aproximadamente, estaría dando consejos sobre la reconstrucción francesa sirviéndose de datos extraídos de informes recientes. Añadiría, además, unas cuantas sugerencias para conseguir nuevos y ventajosos socios comerciales a lo largo de la costa africana, y pondría la guinda a la velada con unos cuantos chismorreos acerca de los rivales del primer ministro.

Sí, sí, la velada perfecta, se dijo, ensayando para sus adentros lo que diría acerca de una información especialmente succulenta mientras su carruaje pasaba puntualmente frente a los edificios ministeriales que flanqueaban Whitehall y se adentraba en las calles cada vez más sombrías de Londres.

Sólo confiaba en que Anthea estuviera vestida y lista para salir a tiempo. Santo cielo, ¿por qué demonios tardaba tanto en arreglarse aquella mujer? Le encantaba la perfección hasta en el último detalle, pero iban a cenar a casa del primer ministro, como le había recalcado su marido con severidad esa mañana: no podían hacerle esperar sólo porque ella no supiera qué pendientes ponerse.

Sin embargo, las joyas de su esposa se convirtieron en la menor de sus preocupaciones cuando, al aminorar la marcha el carruaje para doblar una esquina, se abrió de golpe la portezuela y entró un hombre enmascarado. Antes de que el baronet pudiera decir ni pío o levantar el bastón para golpear el techo y dar la voz de alarma, el intruso le acercó una pistola a la frente y profirió una sola advertencia:

—No digas ni una palabra o será la última, Brownie.

Sir Basil no había ascendido por los empinados escalones del Foreign Office para nada.

—¿Se da usted cuenta de quién soy yo? ¡Esto es alta traición y usted no es más que un salteador de caminos! ¡Haré que lo cuelguen!

El hombre se sentó frente a él y rompió a reír, pero pese a sus risotadas siguió apuntando a sir Basil con mano firme, sin vacilar.

—Veo que sigues abriéndote paso en la vida con la misma fanfarronería de siempre. Nunca has tenido aptitudes para la acción, o sabrías que no debe tomarse la misma ruta a casa todas las noches. Con tanta regularidad, acabarán por matarte.

—¡Salga de mi carruaje! —ordenó sir Basil, decidido a disimular el miedo que le corría por la espalda. Porque no se llegaba a lo más alto del Foreign Office sin granjearse unos cuantos enemigos por el camino. Sin hacer correr algunas habladurías escandalosas y dañinas en alguna que otra fiesta, por ejemplo. Ignoraba quién era aquel hombre, pero su voz... Bien, le sonaba absolutamente familiar, y sin embargo...

—Coja mi cartera y márchese si eso es lo que quiere —dijo, haciendo amago de meterse la mano bajo la levita.

La pistola osciló a modo de advertencia, como el dedo de una niña.

—Chist, chist, chist. Mantén las manos donde pueda verlas, o tendré que abrirte un agujero en la levita. Parece de buen corte, de lo que se deduce que has encontrado un sastre mejor en mi ausencia. Además de los medios para pagarle.

—¿Quién diablos es usted? —Sir Basil se ofuscó de nuevo, pero mantuvo las manos cerradas junto a los costados. Porque aquel ladrón tenía razón: era una levita muy cara. Una levita que difícilmente habría podido permitirse unos años antes y que sin embargo ahora...

—Ya que quieres saberlo, soy la persona que tiene tu vida en sus manos, así que déjate de bravuconadas, porque no soy uno de tus subordinados: a mí no me asustan ni me acobardan tus ridículas amenazas. —Se detuvo para recostarse en los cojines—. Te recuerdo de cuando sólo eras Basil Brownett, el Brownie de Buxton, aunque debo decir que, a pesar de ir tan bien vestido, te las has arreglado para conservar tu talante de siempre. Siempre fuiste un poco rata: sabías cuán-

do abandonar el barco y cómo encontrar los despojos más suculentos, ¿no es cierto?

Un escalofrío recorrió la columna del baronet. Hacía ya algún tiempo que nadie le hablaba en aquellos términos, que nadie lo llamaba por aquel odioso apodo. Al menos, desde que era apenas un crío en Eton y los otros chicos (los que estaban mejor relacionados y emparentados con la nobleza) se mofaban de él por su origen humilde y sus ropas de campesino.

Pero no se trataba únicamente de un murmullo procedente del pasado. Aquella voz... Aquella voz grave y acerada parecía traspasarlo como un cuchillo. Pero no podía ser...

No, era absurdo pensarlo siquiera.

Porque eso significaría que estaba aún en mayor peligro de lo que sospechaba.

—¡Cómo se atreve a dirigirse a mí de ese modo! ¡Acabará en la horca por esta afrenta! —exclamó el baronet con más ímpetu del que poseía en realidad, pues no estaba dispuesto a creer que el hombre que tenía ante sí, que aquella sombra de su pasado fuera verdaderamente...

—¿Soléis colgar a los muertos, Brownie? Ya orquestaste mi muerte en una ocasión, así que ¿qué te hace pensar que esta vez lograrás matarme?

Si había en la vida un instante en que un hombre contemplaba sus actos pretéritos y veía la larga y sinuosa línea de sus consecuencias con la misma claridad que una Casandra, eso fue lo que experimentó sir Basil. Su corazón enmudeció como si fuera a detenerse, y aunque intentó respirar, el aire abandonaba precipitadamente sus pulmones.

—Dios mío, no —susurró—. Se suponía que estabas muerto.

Su adversario se inclinó hacia él, el cañón de la pistola quedó a escasísima distancia de la sien de sir Basil y unos ojos azules brillaron amenazadores por encima del pañuelo que ocultaba el resto de su cara.

—Lamento desengañarte, maldito canalla advenedizo. Soy yo. He vuelto.

—¿Dónde está?

—¡Sé que está aquí! ¡Lléveme ante él de inmediato!

—¿Llevarla ante él? ¿Y para qué iba a querer mi *liebling* a una mujer como usted?

—¿Su *liebling*? —Su bufido desdeñoso fue seguido por una risa gatuna—. Lo dudo.

Aquello dio pie a una algarabía de insultos y pullas en no menos de cuatro idiomas: alemán, ruso, francés e italiano. Calumnias, réplicas y blasfemias descaradas, o eso sospechaba Minerva Sterling, volaron por la habitación sin una pizca de decoro.

Las cuatro esquinas de su salón, antes tan apacible, estaban ahora ocupadas por sendas señoras que habían ido llegando en la última media hora, exigiendo todas ellas una misma cosa: conocer el paradero de lord Langley, el célebre padre de la duquesa de Hollindrake. Y entre aquella panoplia de aristócratas europeas había un paisaje salpicado de maletas, baúles, sombrereras, maletines y hasta un escritorio de viaje. Un número semejante de abigarrados sirvientes y doncellas aguardaba en el vestíbulo.

—¿Quiénes dices que son? —preguntó la tía Bedelia mientras proseguía la discusión.

—Las tatas —contestó Minerva diplomáticamente—. Las antiguas tatas de la duquesa.

Lo cierto era que a Minerva le resultaba imposible pensar en aquellas señoras por otro título que no fuera el de «tatas», pues así era como se refería siempre a ellas la duquesa.

—¡Tatas, y un cuerno! —bufó la tía Bedelia—. ¡Es la colección de queridas europeas de lord Langley al completo!

Sí, eso también. Porque la duquesa de Hollindrake, a pesar de los aires que se daba, se había criado, junto con su hermana gemela, Thalia, al cuidado de las viudas amantes de su padre. Felicity citaba constantemente a sus queridas «tatas», como si sus estrafalarios y a menudo cuestionables consejos morales estuvieran grabados en oro. Y ahora estaban allí, en el salón de Minerva.

La señora que buscaba a su «*liebling*», la condesa Von Frisch, o, mejor dicho, la tata Brigid, se mantenía en posición de firmes con un perrillo negro sentado a sus pies. Aquel diablillo con cara de macaco

al que ella llamaba su «Knuddels», guardaba un parecido alarmante con *Brutus*, el fastidioso perro de Thalia Langley, que había mordido casi todos los zapatos y los tobillos de los lacayos de Hollindrake House. No menos de tres mozos y media docena de doncellas del duque habían preferido despedirse a seguir soportando que aquel «chucho francés del demonio» siguiera mordiéndoles los talones.

Y ahora allí estaba aquel otro ejemplar de alimaña haciéndose pasar por un can en Inglaterra.

—¿Quién eres tú para interrogarme? —estaba diciendo la tata Brigid, dirigiendo su tono mordaz al rincón más alejado del salón, donde la princesa Natasha, oriunda de San Petersburgo y conocida como «tata Tasha», se erguía en toda su regia elegancia a pesar de que, si Minerva no se equivocaba, acababa de tildar de «vaca llorona» a la aristócrata austriaca, eso sí, en francés.

—Cuando llegue mi *liebling* —declaró la condesa—, os mandará a todas a las cloacas de las que procedéis.

Esto enardeció los ánimos de sus rivales, que comenzaron a lanzar comentarios igual de ofensivos acerca de la pésima reputación que al parecer tenía la tata Brigid en los círculos diplomáticos.

Minerva dejó escapar un suspiro y miró a tía Bedelia con expresión implorante. ¡Haz algo!

Tía Bedelia recorrió la habitación con la mirada y se limitó a encogerse de hombros. ¿Para qué? La buena señora siguió tranquilamente repantigada en el sofá, contemplando la escena con la avidez de una amante del teatro.

Porque no había duda de que ni en una obra de Haymarket podía contemplarse semejante cuadro.

—¡Señoras, por favor! —exclamó Minerva, abriéndose paso a empujones hasta el centro del salón—. ¡No voy a consentir semejante comportamiento en mi casa!

Se oyó un bufido procedente de un rincón.

Por lo visto, a sus altivas acompañantes no les bastaba con el título de «señoras». Así pues, Minerva probó una táctica más diplomática:

—Excelencia, Alteza, *contessa*, margravina, les pido por favor a todas que me escuchen. Lord Langley no está aquí. Han cometido un terrible error, y he de pedirles que abandonen mi...

—¡Que no está aquí! ¡Imposible!

—¡Claro que está aquí! Lo sé de muy buena tinta —replicó la *duchessa di Oristano*, antaño la tata Lucia, al tiempo que agitaba una carta que había sacado del interior de su pelliza.

—¿Cree que puede quedárselo para usted sola? ¿Usted? ¿De qué le serviría usted? —contestó la formidable Wilhelmina Charlotte Louise, margravina de Ansbach, o sencillamente tata Helga, la cuarta y última dama en llegar a esta fiesta insospechada. La margravina y sus rivales lanzaron a Minerva sendas miradas de desprecio, recorriéndola de la cabeza a los pies.

¡Santo cielo, qué mujer tan insufrible! Y aunque Minerva ignoraba por completo cómo había que dirigirse a una margravina, en ese momento le parecía prioritario descubrir cómo librarse de ella.

—Sí, lady Standon —dijo tata Lucia con retintín, después de la margravina—. Si cree que puede satisfacer a mi Langley...

—¡Basta ya! —gritó Minerva, y añadió un zapatazo como punto de exclamación a su enfado—. Llamaré a la guardia y las haré detener a todas si no me escuchan.

Siguieron varios resoplidos de desagrado y unas cuantas quejas masculadas acerca de la hospitalidad inglesa, pero las tatas establecieron una paz precaria que mantuvo a raya las hostilidades.

Al menos, de momento.

—Les repito una vez más que lord Langley no está aquí... —comenzó a decir Minerva.

—¡Claro que está aquí!

—Tengo información concluyente según la cual se lo ha visto por...

—¿Por qué se empeña en afirmar que no está aquí cuando las pruebas...?

—¡Basta! —chilló Minerva, olvidándose por completo de su decoro—. Si estuviera aquí, lo cual es una posibilidad muy remota...

—Pero está aquí, insisto —comenzó a decir tata Helga, pero se detuvo bruscamente cuando Minerva le lanzó su mirada más fulminante.

Quizá no tuviera la desenvoltura de aquellas señoras en cuestión de moda, ni su belleza natural, pero era una inglesa de pura cepa y eso, a su modo de ver, contaba más que nada.

Y, en su calidad de marquesa, suponía que superaba en rango a una margravina. Al menos, eso esperaba.

Fue en aquel momento cuando la tía Bedelia decidió por fin meterse en la refriega.

«Ya era hora, caray», le habría dicho Minerva en voz alta si se hubiera sentido inclinada a ello. Media hora más en compañía de aquellas mujeres y probablemente lo habría hecho.

—Por favor, señoras, mi sobrina es una viuda respetable —les dijo la tía Bedelia—. Vive aquí únicamente con sus sirvientes. Sola. Soltera. Sin siquiera un pretendiente o esperanza alguna de...

—¡Tita! —balbució Minerva—. ¿Qué ibas a decir?

La tía Bedelia pestañeó y meneó la cabeza.

—Ah, sí, iba a decir que en vano buscan aquí a un caballero. En esta casa, nada menos...

Minerva soltó un gruñido, pero su tía continuó impassible:

—En cuanto a lord Langley, no está aquí por un motivo muy simple: porque no está vivo. Estoy enterada de que el hombre desapareció en la guerra. Mi anterior marido, al que Dios tenga en Su gloria, pertenecía al Foreign Office cuando desapareció el barón. Lleva muerto algún tiempo, de modo que me temo que su viaje hasta aquí ha sido inútil. Lord Langley desapareció.

—¡Bah! —bufó tata Tasha—. Usted no lo conoce. Él jamás podría «desaparecer», como dicen ustedes. Es una suposición ridícula. Langley ha estado sencillamente indispuerto. Y ahora ha vuelto a casa.

Las otras asintieron enfáticamente con la cabeza.

—Así es, en efecto —remachó tata Brigid mientras apretaba a su perro contra su amplio pecho—. Langley está en Londres y lo sé sin lugar a dudas.

Otra ronda de gestos de asentimiento recorrió la estancia, y Minerva no supo cómo refutar su convicción de que el padre de la duquesa de Hollindrake no sólo estaba vivo, sino que además se hallaba en Londres.

En su casa.

Era todo tan absurdo... Tan difícil de creer... Porque si, en efecto, lord Langley estaba vivo, ¿no era su hija, Felicity, la persona más indicada para responder a las preguntas de aquellas damas?

¿Y, sobre todo, para alojarlas?

—Yo sugeriría —comenzó a decir, agitando elegantemente una mano en dirección a la puerta—, que si de veras creen que lord Langley está aquí, en Londres, lo busquen en el lugar más idóneo: la casa de su hija. Estoy segura de que la duquesa de Hollindrake estará encantada de hacerse cargo de cuanto necesiten, además de descubrir la solución a este inquietante misterio. —Consiguió decir todo esto con aire de preocupación y una sonrisa plácida en el rostro, como si intentara expulsar a cuatro locas del Puente de Londres—. Incluso puedo llamar a un coche para que las lleve a...

—¡No voy a permitir que vuelvan a echarme a la calle sólo porque quiere quedárselo para usted sola!

—¡Esto es indignante! ¡Soy prima del zar! ¡No pienso ir a pedir limosna como una campesina!

—¡Ni yo! ¡Esto es una afrenta para con mi país! —Tata Helga dio en el suelo un zapatazo que resonó con un golpe sordo. Al parecer, su marido el margrave no tenía relaciones tan encumbradas que sacar a relucir, pero Minerva no quería ser la causante de un conflicto internacional que arrastrara a Inglaterra a una guerra con un principado de poca monta cuyo ejército se reducía muy posiblemente a un solo regimiento.

Claro que la guerra no podía ser inminente. Seguramente al Ejército británico le costaría algún tiempo y esfuerzo encontrar a los indignados compatriotas de tata Helga.

Minerva miró a su tía. *En serio, ahora sería momento de ayudar.*

Bedelia levantó la vista hacia el cielo y alzó las manos con expresión derrotada. *Con mujeres como éstas no se puede razonar.*

Pero Minerva no estaba dispuesta a ceder tan fácilmente.

—Sólo les estoy pidiendo que vayan a Hollindrake House y...

—¿Para qué íbamos a querer volver allí? —preguntó tata Brigid.

Tata Tasha sacudió la cabeza con aire imperioso.

—No permitiré que vuelvan a insultarme de esa manera. Ese hombre odioso de la puerta me negó la entrada.

Staines, el tajante mayordomo del duque, supuso Minerva.

—Dijo que la duquesita se había ido al campo y que no volvería hasta dentro de quince días.

Minerva sofocó sus ganas de ir a estrangular a Staines. ¡El muy condenado!

—Pero, naturalmente, es aquí donde vendría Langley —agregó tata Helga.

—¿Y eso por qué? —se atrevió a preguntar Minerva. Si antes había fingido una jaqueca, ahora empezaba a tenerla de verdad.

Tata Lucia chasqueó los dedos y uno de sus criados, que había estado merodeando por el vestíbulo, entró a toda prisa. La *duchessa* le dio una orden en áspero italiano y el joven se metió la mano dentro de la casaca y extrajo un paquete de cartas para su señora. Tata Tasha y tata Brigid hicieron lo mismo: sacaron varios fajos de cartas, algunos atados con cintas, y otros sueltos. Todas ellas hojearon sus misivas y sacaron una sola carta que entregaron a sus sirvientes para que se las llevaran a Minerva.

—Encontrará la respuesta ahí, en la segunda página —dijo tata Lucia, señalando el documento con los dedos.

Minerva miró las cartas que tenía en la mano, todas ellas escritas de puño y letra de la duquesa de Hollindrake, más o menos un año antes. Echó un vistazo a los renglones: cotilleos, preguntas acerca de diversas modas y, por último, un párrafo que le llamó la atención y que respondía a la pregunta esencial: ¿por qué allí?

Te agradecería eternamente que, si tienes noticias de mi padre, le digas de mi parte que regrese a Londres. Y que, cuando regrese, se refugie en mi casa del número siete de Brook Street. A pesar de los rumores que afirman lo contrario, estoy convencida de que sigue vivo.

Minerva miró a las señoras, que se sonreían como gatos ante un plato de leche. Luego se dejó caer en su asiento. ¿Vivo? ¿Lord Langley estaba vivo?

Con todo, aquello difícilmente constituía una prueba de que el barón desaparecido estuviera en su casa. Ciertamente ella lo sabría, si hubiera un huésped desconocido viviendo bajo su techo.

O lo sabría si la casa estuviera gobernada como la mayoría de las casas de Londres. Con sirvientes normales, no con aquel hatajo de

ladrones y sinvergüenzas de Seven Dials que había contratado Felicity Langley cuando estaba sin blanca y, según se contaba, se había instalado en aquella casa sin pagar alquiler.

—¡No pienso irme sin él! —declaró tata Lucia—. No lo haré.

Después se apropió de la esquina del sofá, al otro lado de la tía Bedelia.

—Ni yo —añadió tata Helga juntando sonoramente los talones al tiempo que posaba la mano sobre el escritorio que tenía al lado, como si estuviera tomando posesión de aquel rincón en nombre de su patria, Ansbach.

Tata Tasha, para no ser menos, se dejó caer en la única butaca que quedaba libre, plantándose en el salón de Minerva con la misma terca e indeseable determinación que un diente de león bien arraigado en un jardín de rosas.

Sólo quedaba la *contessa* Von Frisch, tata Brigid, que paseó la mirada por el salón como un general por el campo de batalla. Pero en lugar de mantener su posición, dejó a su perrillo en el suelo y marchó hacia la puerta, seguida por *Knuddles*, que le pisaba los talones como un ayuda de campo presa de los nervios.

Por un instante Minerva abrigó la esperanza de que, tras reconocer el terreno, la señora fuera a ejecutar una pronta retirada en lugar de quedarse y luchar.

¡Cuán poco sabía ella del atractivo de lord Langley!

Por el contrario, la dama habló rápidamente en su idioma con sus sirvientes, una doncella y un lacayo bastante corpulento, ordenándoles que recogieran su equipaje. Y aunque ni Minerva ni la tía Bedelia tenían idea de lo que estaba diciendo la señora, al parecer la margravina, tata Helga, sí lo sabía, puesto que se levantó de un salto y comenzó a ordenar a sus criados que recogieran sus pertenencias. A continuación, las dos damas emprendieron una carrera hacia la escalera.

Eso bastó para traducir lo que acababa de suceder, no sólo para Minerva, sino también para tata Lucia y tata Tasha. En cuestión de minutos, la casa vacía de Minerva, que tanto había ensalzado en presencia de su tía apenas una hora antes, se había llenado a rebosar con cuatro invitadas inoportunas que pugnaban por apoderarse de las habitaciones vacías.

Minerva las siguió en silencio, sólo para descubrirse vencida y atropellada en su propio vestíbulo mientras la algarabía de idiomas e insultos retumbaba en la casa, acompañada por el ruido atronador de los criados al subir bolsas y maletas por la escalera. Unos criados que, para su consternación, hicieron caso omiso de sus protestas y cumplieron las abusivas órdenes de sus señoras como si aquélla fuera su casa.

—Haz algo —balbució dirigiéndose a su tía, que se había puesto en pie a su lado.

Pero tía Bedelia se limitó a sonreír.

—Bueno, has dicho que querías ser la envidia de todo el mundo. —Se ajustó su pelliza y se inclinó para darle un beso cariñoso en la mejilla—. No hay duda de que vas a ser la comidilla de toda la ciudad, con este plantel en tu casa.

El golpe sordo de un baúl al caer al suelo en la planta de arriba hizo temblar las paredes. Tía Bedelia miró hacia arriba y meneó la cabeza.

—Más vale que subas y te asegures de que alguna de esas golfas europeas no se apropia de tu alcoba. —Después, se acercó tranquilamente a la puerta, donde se detuvo de nuevo—. Ah, sí, y Minerva... Yo diría que tata Helga tiene aspecto de que sus antepasados cruzaron el continente con Atila el Huno. No me cabe ninguna duda de que la margravina es capaz de dedicarse al pillaje y al saqueo como el que más. Así que, si en efecto llega lord Langley, más te vale no meterte en medio.

Ellis, el barón Langley, se bajó el pañuelo que había ocultado hasta entonces su identidad y miró fijamente a los ojos a su antiguo compañero de colegio.

Así pues, su variopinta carrera en el Foreign Office se había reducido a aquello: a apuntar con una pistola la frente temblorosa de Basil Brownett. ¡Qué humillante! Pero puesto que sir Basil era la única persona que tenía autoridad para ordenar su muerte, parecía el lugar más lógico para empezar...

—¿Cómo demonios...? Quiero decir... —tartamudeó sir Basil—. ¡Dios mío, se suponía que estabas muerto!

—Si no lo estoy no será por falta de esfuerzo por tu parte —repuso Langley.

—¿Por mi parte? No tengo ni idea de qué estás hablando —afirmó éste, pero se puso ligeramente colorado.

—Ahórrate tus ridículos discursos para tu cena de esta noche con el primer ministro y su panda de aduladores.

Sir Basil abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo sabes...?

—Brownie, he sido el mejor agente entrenado por Ellyson. Lo sé todo sobre tu insulsa existencia.

Esta vez, el baronet palideció. Mortalmente.

—Mi buen amigo, éste no es momento para amenazarme. Voy desarmado. Yo jamás habría ordenado...

—¿Que me mataran apaleándome a traición? ¿No?

Sir Basil sacudió la cabeza con vehemencia al otro lado del carruaje.

—Maldita sea, hombre, todos creíamos que te habías pasado al otro bando. Que eras un traidor.

—¿Un traidor?

—Sí, aunque nunca se hizo oficial —añadió sir Basil con expresión desilusionada.

—Si alguna vez hubieras tenido el valor de salir de detrás de tu maldito escritorio, te habrías dado cuenta de que esos informes eran mentira. Que yo no era...

—Lo supimos por las fuentes más fiables —insistió sir Basil como si aquello zanjara la cuestión—. Te habías pasado al enemigo y ya no eras de fiar. —Frunció el entrecejo en una línea severa—. Tú sabes mejor que nadie cuál es el procedimiento en estos casos. La única diferencia es que tus amigos franchutes nos tomaron la delantera...

¿Los franceses? ¿Sería cierto aquello?, se preguntó Langley. ¿Se había pasado al enemigo y el enemigo lo había traicionado? No. No podía haber sucedido así.

—Mentiras. Te creíste un montón de mentiras.

Apretó los dientes y la pistola vaciló en su mano. Estaba cansado, tenía frío y hacía tiempo que no comía, de modo que se sentía poco inclinado a mostrarse paciente con Basil o los de su calaña.

—Por lo visto también era mentira que estabas muerto, y también me lo creí.

Sir Basil se echó hacia atrás, visiblemente asqueado por la situación, aunque su mirada siguió fija en la pistola que seguía apuntándole.

Langley sabía muy bien qué tenía en vilo a su interlocutor. Puesto que él, lord Langley, estaba en efecto vivo, era muy probable que hubiera una investigación, que se tomaran declaraciones, se revisaran informes y, por último, se pusiera al corriente a los peces gordos. La clase de pesquisa que podía poner fin a una carrera prometedora. La clase de cosas que angustiaban a mezquinos aduladores del estilo de sir Basil y que en cambio, para hombres como él, eran tan nimias como la picadura de un mosquito.

Claro que el barón nunca se había preocupado en exceso por las sutilezas del reglamento y el papeleo. Sus métodos poco convencionales, sus notorios tejemanejes y su despreocupación por el protocolo lo habían convertido de vez en cuando (casi siempre, mejor dicho) en un monumental quebradero de cabeza para los burócratas de Whitehall como sir Basil.

—¿Te importa, mi buen amigo?

Sir Basil señaló la pistola con la cabeza.

Langley la retiró, puso lentamente el martillo del arma en su sitio y la dejó en el asiento, a su lado.

—¿Quién mandó esos informes, Brownie?

Sir Basil torció el gesto al oír que lo llamaba por aquel apelativo. Seguramente le escocía que le recordaran lo reciente que era su ascenso. Y que alguien se acordara de cuál era su origen.

—No me acuerdo.

—¿No te acuerdas o no quieres acordarte? —preguntó Langley suavemente, dejando descansar su mano sobre la culata de la pistola.

La respuesta de sir Basil le sorprendió:

—No quiero.

—Tengo derecho a saber quién me quería muerto, la oportunidad de limpiar mi nombre.

Sir Basil se echó a reír.

—¿Por qué te querían muerto? ¡Pero, hombre, por Dios! Sona-caste secretos a casi todos los monarcas del continente sirviéndote de

engaños y, si no a ellos, a sus esposas y amantes. Eso por no hablar de la estela de amantes despechadas que dejaste a tu paso. ¿Y ahora tienes la desfachatez de preguntarte por qué alguien quería verte muerto?

Era muy propio de un tipo llano como Brownie hablar sin tapujos de una cuestión. Aquella era una idea merecedora de reflexión. Confesar las propias faltas. Algo que Langley no deseaba hacer en realidad. Al menos, hasta que llegara al fondo de aquel asunto, y tuviera oportunidad de reparar sus errores y de descubrir la verdad.

Y, por encima de todo, limpiar su buen nombre. Él no era un traidor. No lo era. Eso lo sabía. En eso podía confiar.

Entre tanto, sir Basil añadió:

—Langley, la guerra ha terminado. Conviene que lo tengas presente.

—La guerra nunca se acaba.

—Puede ser —repuso su interlocutor—, pero te aconsejo...

—¿Sí?

—Que sigas estando muerto.

—¿Que siga estando muerto? —Langley negó con la cabeza—.

No. He dedicado los últimos veinticinco años de mi vida a servir al rey y quiero volver a casa. Quiero recuperar mi lugar en la sociedad.

—Agarró la pistola y miró a sir Basil directamente a los ojos—. Por completo, señor mío. Eso es lo que quiero.

—No veo cómo esperas que...

Amartilló la pistola.

—Es lo que espero. Y vas a darme acceso a los despachos de Constantinopla, de Nápoles, de Viena, de San Petersburgo y de París de los seis meses anteriores a mi desaparición, y a...

Sir Basil rompió a reír.

—Será una broma.

Langley levantó el arma.

—No, por lo visto, no —masculló el baronet—. Pero debes comprender lo absolutamente fuera de lugar que está esa petición. Esos informes son confidenciales. No puedo entregárselos a un...

Tuvo el buen sentido de pararse en seco antes de decir «traidor», razón por la cual posiblemente había conseguido ascender hasta el puesto que ocupaba.

—A cualquiera —concluyó con suavidad, y mirando de nuevo la pistola añadió lentamente—: Pero quizá pueda ordenar a un agente que haga averiguaciones, a ver si hay alguna incongruencia que nos pasara inadvertida.

Era una solución difícilmente aceptable, pero como se le estaba agotando el tiempo, Langley se vio obligado a preguntar:

—¿A quién?

Sir Basil se rascó la frente y consideró sus opciones.

—A Hedges, quizás.

—¿A Hedges? ¿A ese condenado imbécil? Me sorprende que se las arregle para llegar a Whitehall todos los días sin perderse por el camino.

Por cómo torció la boca el baronet, se hizo evidente que compararía la opinión de Langley.

—Supongo que podría encontrar a otra persona...

Se quedaron los dos callados cuando el carruaje comenzó a aminorar la marcha. Langley miró por la ventanilla para ver dónde estaban: a punto de torcer la última esquina para enfilar la calle en la que vivía sir Basil, lo cual significaba que se le había agotado el tiempo.

Al menos, de momento.

—Quiero recuperar mi vida —afirmó mientras volvía a taparse la cara con el pañuelo.

Vestido de negro de la cabeza a los pies, se convirtió al instante en una sombra, de no ser por el azul característico de sus ojos, que brillaban amenazadores incluso en la oscuridad.

Sir Basil meneó la cabeza y exhaló un suspiro.

—Imposible, mi buen amigo. No puedes recuperar aquello a lo que renunciaste. Y, además, el Ministerio al completo te considera un traidor. Las pasarías canutas para demostrar lo contrario.

Lord Langley se apeó silenciosamente al pasar el carruaje por un tramo oscuro entre dos farolas, miró hacia atrás y masculló:

—Eso ya lo veremos.